

I

A SALVO

1

La toma de la ciudad de Salvo por los Tapurí se produjo en 1969.

La columna guerrillera entró en la localidad industrial próxima a Montenegro mediante el expediente astuto y en cierta forma pueril de contratar un servicio fúnebre cuyo destino final era sepultar, en el cementerio de la pequeña ciudad vecina a la capital del país, un difunto de nombre falso y bulto incorpóreo, un muerto irreal, simbólico, un extinto ideológico cuyo cadáver habría de representar, a la postre, el pecado de la sociedad burguesa que lo había perpetrado.

El truco, al comienzo, funcionó.

—No te muevas o te quemo —advirtió la mujer.

Amartilló la pistola calibre 38 sobre la sien derecha del chofer de la empresa Faltrinelli que conducía uno de los remises largos, fastuosos, de color negro, modelo años sesenta, contratados para transportar a los presuntos deudos.

—No te muevas o te limpio.

La mujer era joven. Muy joven. Demasiado joven. No lloraba, como debería haber llorado el pariente cercano de un difunto. No lloraba.

Empuñaba con seguridad el arma con la mano izquierda. La mano izquierda, nada menos.

Los dedos le temblaban un poco.

La pistola amartillada, dispuesta. La mujer había quitado el seguro. Estaba pronta para actuar.

—No te muevas o te quemo —repitió, casi en un grito.

La caravana avanzaba.

El cortejo fúnebre, cuya carroza inicial estaba repleta de coronas compuestas por claveles y gladiolos, se movía lento, parsimonioso y eminente por la ruta que conducía de Montenegro a la pequeña ciudad de Salvo.

Parecía una serpiente. Lento. Oscuro sobre la carretera.

El vehículo, a causa de las piedras de la ruta, saltó más de una vez, nervioso.

—Tranquila —sugirió el chofer a la mujer que lo amenazaba.

—«Tranquila» las pelotas.

2

A decir verdad, la toma de Salvo por los Tapurí fue, más que nada, un golpe psicológico. La ciudad, si bien densamente poblada en relación a su superficie, era, por ese entonces, un núcleo pequeño, sin trascendencia desde un punto de vista estrictamente militar.

Sin embargo, a pesar de su pequeñez, la cercanía con Montenegro, la capital del país, y el hecho de que allí tuvieran sede varios bancos y empresas de importancia, hacía de ella un objetivo estratégico apetecible, redituable para un movimiento guerrillero que aún se veía en la etapa de propaganda armada.

El truco del funeral no era malo.

Es más, hasta cierto punto resultaba, al menos para aquella época, original e ingenioso.

¿Quién iba a pensar que la columna negra de autos que seguían a una carroza que transportaba un ataúd barnizado y cubierto de coronas era nada más ni nada menos que un comando guerrillero?

¿Quién iba a sospechar al ver los pañuelos de las mujeres desplegados tras las ventanillas opacas, al ver los rostros contritos, adustos de los hombres, al ver la muchedumbre sombría de parientes que viajaba dentro de los autos de alquiler, que se trataba de una trampa?

¿Quién iba a pensar eso?

Todo parecía tan luctuoso, tan patético, irreverente y yerto que hasta un perro, un pobre y miserable perro, al ver pasar el cortejo camino a la ciudad de Salvo, se echó al costado de la carretera a gemir desconsolado.

¿Quién iba a pensar que esas mujeres que parecían hijas, sobrinas del muerto, estaban armadas hasta los dientes y eran feroces?

¿Quién iba a creer que ese tío de rostro bonachón que viajaba en el segundo automóvil, con las mejillas rechonchas cubiertas por las palmas abiertas, compungido, llevaba tres granadas de mano amarradas a la cintura, debajo del cinturón, y una pistola automática bajo el sobaco derecho?

¿Quién iba a saber que bajo las flores, en la segunda carroza, viajaba todo un arsenal de guerra?

¿Quién iba a sospechar que dentro del carnaval de la muerte viajaba el espíritu de la sedición?

Las lágrimas eran falsas. Las armas, auténticas.

El copamiento de la ciudad de Salvo, a pocos kilómetros de Montenegro, se llevó a cabo con precisión de relojero suizo.

El cortejo fúnebre entró por la avenida principal, insospechable.

Un comando se dirigió a la jefatura de policía, otro a la cárcel local. Otro, al banco.

Con precisión y arrojo, los guerrilleros comenzaron el ataque.

Sacaron las armas.

Una bazuca antitanque, fusiles K19, granadas de mano, pistolas automáticas y cartuchos de dinamita.

Primero tomaron la jefatura de policía.

—Manos arriba —gritaron.

Los pobres milicos no supieron qué hacer. Era de tardecita. Estaban tomando mate. Mate amargo. Bizcochos. Panes con grasa.

—Manos arriba —gritó la comandante Matilde.

Los milicos largaron los mates, dejaron de chupar las bombillas al unísono.

Se cagaron en los pantalones.

—Quietos o los mato —bramó la comandante Matilde.

Los milicos que custodiaban la ciudad de Salvo se quedaron quietitos.

—Al suelo —ordenó Matilde.

Todos se tiraron boca abajo.

—No se muevan —advirtió Matilde.

Nadie se movió.

El comando que llegó al banco tuvo menos suerte. Un policía los enfrentó. Les salió al paso con su pistola de reglamento.

—Ríndanse, carajo —gritó el policía.

Lo acribillaron.

Entraron cuatro al edificio del banco. Tres saltaron sobre los mostradores, penetraron en las oficinas, bajaron hasta el subsuelo.

Dos de ellos avanzaron hasta la caja fuerte, situada en lo más profundo de la estructura. Llevaban al gerente de rehén.

—Abrí la caja, hijo de puta —ordenaron.

El gerente obedeció.

En el tesoro del banco había unos dólares.

—Suficiente —dijo el comandante Pedro. Y ordenó retirada.

En la confusión, en la huida, un guardia del banco comenzó a disparar e hirió a un guerrillero joven.

Un balazo acertó en la pierna derecha, con tan mala suerte que el proyectil atravesó la arteria femoral y el guerrillero se desangró en pocos minutos.

—No podemos hacer nada —dictaminó el comandante Pedro.

Y fue verdad: no pudieron hacer nada.

Muchos días después, la mancha del lago de sangre que había dejado la hemorragia manada de la arteria todavía marcaba las baldosas de monolito y mármol moteado.

En la cárcel de Salvo había tres presos. Dos estaban durmiendo la mona, borrachos. Uno estaba detenido por apuestas clandestinas en las riñas de gallos. Otro por abigeato. El tercero, por pegarle a la mujer.

—Se lo merecía —explicó cuando lo despertaron de la siesta—. No lavaba bien la ropa.

Los miembros del comando liberaron a los presos. Les abrieron las puertas de las celdas.

Los dejaron libres.

—Salgan —ordenaron.

—No quiero salir —dijo uno de ellos, el más veterano, canoso y barbudo—. ¿Para qué? Acá tengo techo y comida caliente todos los días.

El comandante Pedro lo sacó a patadas. Lo liberó.

3

Una viejita le daba maíz a las gallinas, al costado de la carretera, en las afueras de la ciudad.

Escuchó los balazos. Entró al rancho.

—Viejo —le dijo al marido, que estaba dormitando—, pasa algo raro.

—¿Qué pasa? —preguntó el viejo, atolondrado.

—Se escuchan tiros en la ciudad, en Salvo...

—¿Qué? —Se sentó en la cama el viejo.

—Que se escuchan tiros.

El viejo se rascó la cabeza.

—Dame un mate —dijo.

La vieja le dio un mate. El viejo chupó la bombilla.

—Puaj. —Escupió verde el viejo—. Está dulce. ¿No sabés que me gusta amargo?

La vieja bajó la cabeza.

—Me gusta bien amargo —repitió el viejo.

—No me di cuenta —farfulló la vieja—, estaba dando de comer a las gallinas y escuché tiros a lo lejos...

—¿Y eso qué tiene que ver? —protestó el viejo, sacándose las lagañas—, a mí me gusta el mate amargo, bien amargo.

Las gallinas picoteaban los granos de maíz dispersos en el suelo.

La vieja, resignada, se calló la boca.

A lo lejos, desde el centro de la ciudad, se escuchó el tableteo de las ametralladoras. Un sonido seco, repetido, como una gárgara de babosa.

«Parecen gallinas —pensó la vieja—, gallinas atoradas con maíz. Gallinas sin gallo, sin prosa».

Tartamudeaban las ametralladoras.

El viejo se dio media vuelta sobre el catre. Se durmió otra vez, casi enseguida.

Mientras la vieja pensaba en las gallinas, el viejo roncaba como un chancho.

4

Desde un punto de vista estrictamente militar, logístico, el copamiento fue un fiasco. Desde un punto de vista publicitario, propagandístico, un éxito relativo.

La toma de la ciudad cercana a la capital cobró cierta notoriedad en los cables que las agencias internacionales enviaban al mundo. Los reporteros inflaban un poco los acontecimientos, les agregaban una pizca de sal y pimienta:

EN COORDINADA ACCIÓN
UNA DISCIPLINADA COLUMNA GUERRILLERA MANTUVO
BAJO SU DOMINIO LA SEGUNDA CIUDAD DEL PAÍS

Parecía impresionante. No era tanto.

Al comienzo de la operación hubo tres gallinas muertas. Un cerdo malherido. Además, destrozos en la principal escuela de la ciudad y una estampida de novillos en la plaza Mayor.

—No sé cómo pudo pasar —declaró el cuidador de la majada—, en un momento se soltaron. Me parece que fue el barullo de los sediciosos. El ruido de las escopetas, todo ese escándalo, señor.

Durante los primeros instantes un cabo de policía resultó muerto y un sargento herido.

El cerdo, atendido a tiempo por el veterinario de la ciudad, mejoró.